

Cuentos en la SELVA

Ministerio de Educación

Buenos Aires Ciudad

Cuentos en la SELVA

Jefe de Gobierno
Jorge Macri

Ministra de Educación
Mercedes Miguel

Jefa de Gabinete
Lorena Aguirregomezcorta

Subsecretario de Planeamiento e Innovación Educativa
Oscar Mauricio Ghillione

Subsecretaria de Gestión del Aprendizaje
Ines Cruzalegui

Subsecretario de Gestión Económico Financiera y Administración de Recursos
Ignacio José Curti

Subsecretario de Tecnología Educativa
Ignacio Manuel Sanguinetti

Directora de la Unidad de Evaluación Integral de la Calidad y Equidad Educativa
Samanta Bonelli

Directora General de Educación de Gestión Estatal
Nancy Sorfo

Directora General de Educación de Gestión Privada
Nora Lima

Cuentos en la selva
Traducción y adaptación de "Rikki-Tikki-Tavi": Jimena Dib

Edición: Ramón Paez
Diseño de tapa: Silvana Carretero, María Laura Raptis
Diseño y diagramación: Silvana Carretero
Ilustraciones: Tania De Cristóforis
Corrección: Sebastián Vargas

Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Cuentos en la selva. - 1a edición para el alumno - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2025.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-818-142-4

1. Antología Literaria. 2. Educación Primaria.
CDD 372

Se autoriza la reproducción y difusión de este material para fines educativos u otros fines no comerciales, siempre que se especifique claramente la fuente. Se prohíbe la reproducción de este material para venta u otros fines comerciales.

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires / Ministerio de Educación / Subsecretaría de Planeamiento e Innovación Educativa / Gerencia Operativa de Innovación y Contenidos Educativos, 2025. Carlos H. Perette 750 – C1063 – Barrio 31 - Retiro - Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

Distribución gratuita. Prohibida su venta.

© Copyright © 2025 Adobe Systems Software. Todos los derechos reservados. Adobe, el logo de Adobe, Acrobat y el logo de Acrobat son marcas registradas de Adobe Systems Incorporated.

Este libro pertenece a:

ÍNDICE

Prólogo 7

El loro pelado 9
De Horacio Quiroga.

Rikki-Tikki-Tavi.....19
De Rudyard Kipling (traducción y adaptación de Jimena Dib).

Prólogo

En este libro, vas a conocer a dos autores que escribieron historias increíbles: Horacio Quiroga y Rudyard Kipling. Ellos son famosos por contar cuentos que nos llevan a mundos llenos de aventuras, donde los animales son los protagonistas y viven situaciones emocionantes.

Horacio Quiroga nació en Uruguay y pasó buena parte de su vida en una casa en la selva misionera. Publicó "El loro pelado", el primer cuento de esta antología, junto a otros cuentos de animales en su libro *Cuentos de la selva* de 1918, un libro que surgió de las historias que él les contaba a sus hijos. En este relato, conocerás a Pedrito, un loro travieso y simpático, que tiene un encuentro poco feliz con un tigre*. Pero Pedrito, gracias a su astucia, idea un plan para poder volver a enfrentar al tigre. ¿Logrará vencer esta vez? ¿Podrá hacerlo solo? Vas a tener que leer el cuento para averiguarlo.

Rudyard Kipling es un escritor inglés que nació en la India y allí vivió sus primeros años con su familia. Como un modo de homenajear esas tierras en las que se crió y amaba tanto, escribió *El libro de la selva* en 1894, donde aparece el primer cuento de esta antología: "Rikki-Tikki-Tavi". En esta historia, conocerás a una mangosta muy valiente que vive en una cabaña cerca de la selva en la India. Aunque es pequeña, Rikki-Tikki no tiene miedo y se enfrenta a víboras peligrosas para proteger a la familia que la ha adoptado. Este cuento

* Quiroga adopta la costumbre propia de los habitantes de la selva misionera, que llaman comúnmente *"tigre"* al jaguar (*Panthera onca*). El jaguar, también conocido como *yaguareté,* es el tercer felino más grande del mundo, detrás del tigre y el león. En esta edición se respeta la escritura original del autor. En la actualidad esta especie se encuentra protegida y su caza es ilegal.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

parece una fábula, pero su autor cuenta la historia con un estilo especial que le da mucha acción y atrapa al lector desde el inicio. Leelo, a ver si estás de acuerdo.

Quiroga siempre admiró a Kipling y lo consideraba uno de sus maestros, así que no te sorprenda encontrar algunas similitudes entre los cuentos de ambos autores.

En estas dos historias, los animales no solo son los protagonistas, sino que también tienen nombres, personalidades y son muy inteligentes. Tanto Rikki-Tikki como Pedrito usan lo que han aprendido viviendo con humanos para resolver los problemas que enfrentan. Además, ambos cuentos están ambientados en la selva, lo que hace que sus aventuras sean aún más desafiantes.

Te invitamos a descubrir las increíbles hazañas de estos animales y a disfrutar de la forma en que Rudyard Kipling y Horacio Quiroga escribieron estas historias. ¡No te pierdas la oportunidad de conocer a Rikki-Tikki y a Pedrito, y de sumergirte con ellos en la selva!

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

El loro pelado

Había una vez una banda de loros que vivía en el monte.

De mañana temprano iban a comer choclos a la chacra, y de tarde comían naranjas. Hacían gran barullo con sus gritos, y tenían siempre un loro de centinela en los árboles más altos, para ver si venía alguien.

Los loros son tan dañinos como la langosta, porque abren los choclos para picotearlos, los cuales, después, se pudren con la lluvia. Y como al mismo tiempo los loros son ricos para comer guisados, los peones los cazaban a tiros.

Un día un hombre bajó de un tiro a un loro centinela, el que cayó herido y peleó un buen rato antes de dejarse agarrar. El peón lo llevó a la casa, para los hijos del patrón; los chicos lo curaron porque no tenía más que un ala rota. El loro se curó muy bien y se amansó completamente. Se llamaba Pedrito. Aprendió a dar la pata; le gustaba estar en el hombro de las personas y con el pico les hacía cosquillas en la oreja.

Vivía suelto y pasaba casi todo el día en los naranjos y eucaliptos del jardín. Le gustaba también burlarse de las

gallinas. A las cuatro o cinco de la tarde, que era la hora en que tomaban el té en la casa, el loro entraba también en el comedor y se subía con el pico y las patas por el mantel, a comer pan mojado en leche. Tenía locura por el té con leche.

Tanto se daba Pedrito con los chicos, y tantas cosas le decían las criaturas, que el loro aprendió a hablar. Decía: "¡Buen día, lorito!...", "¡Rica la papa!...", "¡Papa para Pedrito!...". Decía otras cosas más que no se pueden decir, porque los loros, como los chicos, aprenden con gran facilidad malas palabras.

Cuando llovía Pedrito se encrespaba y se contaba a sí mismo una porción de cosas, muy bajito. Cuando el tiempo se componía volaba entonces gritando como un loco.

Era, como se ve, un loro bien feliz, que además de ser libre, como lo desean todos los pájaros, tenía también, como las personas ricas, su *five o'clock tea*[1].

Ahora bien: en medio de esta felicidad, sucedió que una tarde de lluvia salió por fin el sol después de cinco días de temporal, y Pedrito se puso a volar gritando:

—¡Qué lindo día, lorito!... ¡Rica papa!... ¡La pata, Pedrito!... —y volaba lejos hasta que vio debajo de él, muy abajo, el río Paraná, que parecía una lejana y ancha cinta blanca. Y siguió, siguió, siguió volando, hasta que se asentó por fin en un árbol a descansar.

Y he aquí que de pronto vio brillar en el suelo, a través de las ramas, dos luces verdes, como enormes bichos de luz.

—¿Qué será? —se dijo el loro—. ¡Rica papa!... ¿Qué será eso?... ¡Buen día, Pedrito!...

El loro hablaba siempre así, como todos los loros, mezclando las palabras sin ton ni son y a veces costaba entenderlo. Y como era muy curioso, fue bajando de rama en rama, hasta acercarse. Entonces vio que aquellas dos luces

1 *Five o'clock tea.* Expresión inglesa: té de las cinco.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

verdes eran los ojos de un tigre que estaba agachado, mirándolo fijamente.

Pero Pedrito estaba tan contento con el lindo día, que no tuvo ningún miedo.

—¡Buen día, tigre! —le dijo—. ¡La pata, Pedrito!...

Y el tigre, con esa voz terriblemente ronca que tiene le respondió:

—¡Bu-en-día!

—¡Buen día, tigre! —repitió el loro—. ¡Rica papa!... ¡Rica papa!... ¡Rica papa!...

Y decía tantas veces "¡rica papa!" porque ya eran las cuatro de la tarde, y tenía muchas ganas de tomar té con leche. El loro se había olvidado de que los bichos del monte no toman té con leche, y por esto lo convidó al tigre.

—¡Rico té con leche! —le dijo—. ¡Buen día, Pedrito!... ¿Quieres tomar té con leche conmigo, amigo tigre?

Pero el tigre se puso furioso porque creyó que el loro se reía de él y, además, como tenía a su vez hambre se quiso comer al pájaro hablador. Así que le contestó:

—¡Bue-no! ¡Acérca-te un po-co que soy sordo!

El tigre no era sordo; lo que quería era que Pedrito se acercara mucho para agarrarlo de un zarpazo. Pero el loro no pensaba sino en el gusto que tendrían en la casa cuando él se presentara a tomar té con leche con aquel magnífico amigo. Y voló hasta otra rama más cerca del suelo.

—¡Rica papa, en casa! —repitió, gritando cuanto podía.

—¡Más cer-ca! ¡No oi-go! —respondió el tigre con su voz ronca.

El loro se acercó un poco más y dijo:

—¡Rico té con leche!

—¡Más cer-ca toda-vía! —repitió el tigre.

El pobre loro se acercó aún más, y en ese momento el tigre dio un terrible salto, tan alto como una casa, y alcanzó

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

con la punta de las uñas a Pedrito. No alcanzó a matarlo, pero le arrancó todas las plumas del lomo y la cola entera. No le quedó una sola pluma en la cola.

—¡Tomá! —rugió el tigre—. Andá a tomar té con leche...

El loro, gritando de dolor y de miedo, se fue volando, pero no podía volar bien, porque le faltaba la cola que es como el timón de los pájaros. Volaba cayéndose en el aire de un lado para otro, y todos los pájaros que lo encontraban se alejaban asustados de aquel bicho raro.

Por fin pudo llegar a la casa, y lo primero que hizo fue mirarse en el espejo de la cocinera. ¡Pobre Pedrito! Era el pájaro más raro y más feo que puede darse, todo pelado, todo rabón[2] y temblando de frío. ¿Cómo iba a presentarse en el comedor con esa figura? Voló entonces hasta el hueco que había en el tronco de un eucalipto y que era como una cueva, y se escondió en el fondo, tiritando de frío y de vergüenza.

Pero entretanto, en el comedor todos extrañaban su ausencia:

—¿Dónde estará Pedrito? —decían. Y llamaban: —¡Pedrito! ¡Rica papa, Pedrito! ¡Té con leche, Pedrito!

Pero Pedrito no se movía de su cueva, ni respondía nada, mudo y quieto. Lo buscaron por todas partes, pero el loro no apareció. Todos creyeron entonces que Pedrito había muerto y los chicos se echaron a llorar.

Todas las tardes, a la hora del té, se acordaban siempre del loro y recordaban también cuánto le gustaba comer pan mojado en té con leche. ¡Pobre Pedrito! Nunca más lo verían porque había muerto.

Pero Pedrito no había muerto, sino que continuaba en su cueva sin dejarse ver por nadie, porque sentía mucha vergüenza de verse pelado como un ratón. De noche bajaba a comer y subía enseguida. De madrugada descendía de nuevo,

2 *Rabón*. Sin cola.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



muy ligero, e iba a mirarse en el espejo de la cocinera, siempre muy triste porque las plumas tardaban mucho en crecer.

Hasta que por fin un día, o una tarde, la familia sentada a la mesa a la hora del té vio entrar a Pedrito muy tranquilo, balanceándose como si nada hubiera pasado. Todos se querían morir, morir de gusto cuando lo vieron bien vivo y con lindísimas plumas.

—¡Pedrito, lorito! —le decían—. ¡Qué te pasó, Pedrito! ¡Qué plumas brillantes que tiene el lorito!

Pero no sabían que eran plumas nuevas, y Pedrito, muy serio, no decía tampoco una palabra. No hacía sino comer pan mojado en té con leche. Pero lo que es hablar, ni una sola palabra.

Por eso, el dueño de casa se sorprendió mucho cuando a la mañana siguiente el loro fue volando a pararse en su hombro, charlando como un loco. En dos minutos le contó lo que le había pasado; un paseo al Paraguay, su encuentro con el tigre, y lo demás; y concluía cada cuento cantando:

—¡Ni una pluma en la cola de Pedrito! ¡Ni una pluma! ¡Ni una pluma!

Y lo invitó a ir a cazar al tigre entre los dos.

El dueño de casa, que precisamente iba en ese momento a comprar una piel de tigre que le hacía falta para la estufa, quedó muy contento de poderla tener gratis. Y volviendo a entrar en la casa para tomar la escopeta, emprendió junto con Pedrito el viaje al Paraguay. Convinieron en que cuando Pedrito viera al tigre, lo distraería charlando, para que el hombre pudiera acercarse despacito con la escopeta.

Y así pasó. El loro, sentado en una rama del árbol, charlaba y charlaba, mirando al mismo tiempo a todos lados, para ver si veía al tigre. Y por fin sintió un ruido de ramas partidas, y vio de repente debajo del árbol dos luces verdes fijas en él: eran los ojos del tigre.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.


Periquito

Entonces el loro se puso a gritar:

—¡Lindo día!... ¡Rica papa!... ¡Rico té con leche!... ¿Querés té con leche?...

El tigre enojadísimo al reconocer a aquel loro pelado que él creía haber muerto, y que tenía otra vez lindísimas plumas, juró que esa vez no se le escaparía y de sus ojos brotaron dos rayos de ira cuando respondió con su voz ronca:

—¡Acer-ca-te más! ¡Soy sor-do!

El loro voló a otra rama más próxima, siempre charlando:

—¡Rico, pan con leche!... ¡ESTÁ AL PIE DE ESTE ÁRBOL!...

Al oír estas últimas palabras, el tigre lanzó un rugido y se levantó de un salto.

—¿Con quién estás hablando? —bramó—. ¿A quién le has dicho que estoy al pie de este árbol?

—¡A nadie, a nadie! —gritó el loro—. ¡Buen día, Pedrito! ... ¡La pata, lorito!...

Y seguía charlando y saltando de rama en rama, y acercándose. Pero él había dicho: "está al pie de este árbol" para avisarle al hombre, que se iba arrimando bien agachado y con la escopeta al hombro.

Y llegó un momento en que el loro no pudo acercarse más, porque si no, caía en la boca del tigre, y entonces gritó:

—¡Rica papa!... ¡ATENCIÓN!

—¡Más cer-ca aún! —rugió el tigre, agachándose para saltar.

—¡Rico, té con leche!... ¡CUIDADO VA A SALTAR!

Y el tigre saltó, en efecto. Dio un enorme salto, que el loro evitó lanzándose al mismo tiempo como una flecha en el aire. Pero también en ese mismo instante el hombre, que tenía el cañón de la escopeta recostado contra un tronco para hacer bien la puntería, apretó el gatillo, y nueve balines

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



del tamaño de un garbanzo cada uno entraron como un rayo en el corazón del tigre, que lanzando un bramido que hizo temblar el monte entero, cayó muerto.

Pero el loro, ¡qué gritos de alegría daba! ¡Estaba loco de contento, porque se había vengado —y bien vengado— del feísimo animal que le había sacado las plumas!

El hombre estaba también muy contento, porque matar a un tigre es cosa difícil y, además, tenía la piel para la estufa del comedor.

Cuando llegaron a la casa, todos supieron por qué Pedrito había estado tanto tiempo oculto en el hueco del árbol y todos lo felicitaron por la hazaña que había hecho.

Vivieron en adelante muy contentos. Pero el loro no se olvidaba de lo que le había hecho el tigre, y todas las tardes, cuando entraba en el comedor para tomar el té se acercaba siempre a la piel del tigre, tendida delante de la estufa, y lo invitaba a tomar té con leche.

—¡Rica papa!... —le decía—. ¿Querés té con leche? ¡La papa para el tigre!...

Y todos se morían de risa. Y Pedrito también.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Rikki-Tikki-Tavi

Desde el hueco en que ella entró
Rikki-Tikki llamó a Nag.
Dijo entonces la pequeña:
“¡Nag, sal y baila con la muerte!”
Cara a cara y frente a frente
(mantén el paso, Nag)
tras el baile uno muere
(cuando gustes, Nag).
Doble vuelta, paso y giro
(corre a esconderte, Nag)
¡Ja! ¡La encapuchada perdió el ritmo!
(¡Ay de ti, Nag!)

Esta es la historia de la gran guerra que Rikki-Tikki-Tavi sostuvo, sin ayuda de nadie, en los cuartos de baño del gran bungaló, dentro del cuartel de Segowlee. Darzee, el pájaro tejedor, la ayudó y Chuchundra, la rata almizclera que nunca cruza el centro de la sala, sino que siempre se escabulle pegada a la pared, la aconsejó; pero fue Rikki-Tikki-Tavi quien llevó el peso de la lucha.

Era una mangosta, parecida a un gatito en el pelaje y la cola, pero su cabeza y costumbres se asemejaban más a las de una comadreja. Sus ojos y la punta de su inquieta nariz eran rosados; podía rascarse donde quisiera con cualquier pata, delantera o trasera; podía inflar su cola hasta hacerla parecer un cepillo para limpiar botellas y el grito de guerra que daba cuando andaba entre las altas hierbas era: ¡rikk-tikk-tikki-tikki-tchk! Por eso, todos la llamaban Rikki-Tikki.

Cierto día, una gran inundación veraniega la sacó de la madriguera donde vivía con sus padres y la arrastró, pateando y aullando, hasta una zanja al lado del camino. Allí encontró un manojo de hierba flotando y se aferró a él hasta que perdió el sentido. Cuando volvió en sí yacía bajo el ardiente sol en medio de un sendero del jardín, toda mojada hasta los huesos. De pronto escuchó la voz de un niñito que decía:

—Aquí hay una mangosta muerta. Vamos a enterrarla.

—No —dijo su madre—, llevémosla dentro a secarla. Quizá aún no esté muerta.

La llevaron a la casa y un robusto hombre la tomó con el pulgar y el índice y dijo que no estaba muerta sino medio ahogada; por lo que la envolvieron en algodón y la acercaron al calor de un pequeño fuego. Entonces abrió los ojos y estornudó.

—Ahora —dijo el hombre (un inglés que acababa de mudarse al bungaló)—, no la asusten y veremos qué hace.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Asustar a una mangosta es la cosa más difícil del mundo porque, de la cabeza a la cola, rebosa de curiosidad. El lema de toda la familia mangosta es “corre y busca”, y Rikki-Tikki hacía honor a su familia. Miró el algodón, no le pareció comida, corrió por toda la mesa, se sentó y se acomodó el pelaje, se rascó y saltó al hombro del niño.

—No te asustes, Teddy —le dijo su padre—. Solo quiere ser tu amiga.

—¡Ay! Me hace cosquillas en la barbilla —gritó Teddy.

Rikki-Tikki husmeó por el cuello del niño, mirando hacia adentro, le olfateó la oreja y saltó al suelo a restregarse el hocico.

—¡Bueno! —exclamó la madre de Teddy— ¿Y esto es un animal salvaje? Debe ser así de manso porque lo tratamos bien.

—Todas las mangostas son así —respondió su esposo—. Si Teddy no la toma de la cola o intenta enjaularla, todo el día correrá dentro y fuera de la casa. Démosle algo de comer.

Le dieron un pedacito de carne cruda, que a Rikki-Tikki le gustó muchísimo, y cuando se lo terminó salió a la terraza, se sentó a la luz del sol y erizó su pelaje para secarlo hasta la raíz. Depués de esto se sintió mejor.

“En esta casa hay más cosas por descubrir “se dijo” de las que mi familia entera podría olfatear en toda su vida. Pienso quedarme a inspeccionarlas todas”.

Pasó el día entero vagando por la casa. Casi estuvo a punto de ahogarse en la bañadera, metió la nariz en el tintero de una mesa de escribir y se la quemó con la punta del cigarro del hombre robusto, pues se le trepó en el regazo para ver lo que hacía. Al anochecer, fue a la habitación de Teddy y vio cómo se encendían las lámparas de querosén, y cuando el niño se acostó, Rikki-Tikki se metió a la cama también, pero era una compañera inquieta y tenía que levantarse, atender

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

todos los ruidos de la noche y averiguar qué los provocaba. Cuando entraron los padres, ahi estaba la mangosta despierta sobre la almohada.

—Está mas seguro con este animalillo —dijo el padre.

—¿Te parece? —preguntó la madre—. Podría morderlo...

—No lo hará —contestó el padre—. Si en este momento entrara a la habitación una víbora...

Pero la madre de Teddy no concebía algo tan horrible. A primera hora del día siguiente, Rikki-Tikki llegó a desayunar a la terraza montada en el hombro de Teddy: comió plátano y un poco de huevo duro; se sentó en las piernas de todos, uno tras otro, porque toda mangosta bien educada siempre aspira a ser animal doméstico y tener habitaciones para correr; y porque su madre (que había vivido en la casa del general, en Segowlee) tuvo cuidado de decirle qué hacer si alguna vez se encontraba entre seres humanos.

Luego, Rikki-Tikki salió al jardín para ver lo que podía encontrar. Era un jardín grande, cultivado a medias, con frondosos rosales —tan grandes como cabañas de verano—, limeros y naranjos, grupos de bambúes y matorrales de hierba alta. Rikki-Tikki se relamió de gusto.

—Este es un espléndido lugar para cazar—dijo, y solo de pensarlo la cola se le erizó como un cepillo; así que se escabulló por el jardín, olfateando aquí y allá hasta que escuchó voces muy tristes provenientes de un espino.

Eran Darzee, el pájaro tejedor, y su esposa. Habían construido un hermoso nido juntando dos hojas grandes, cosiéndolas con fibras, y rellenado el hueco con algodón y pelusa suave. El nido se balanceaba de un lado a otro, mientras ellos sollozaban posados en el borde.

—¿Qué sucede? —preguntó Rikki-Tikki.

—Estamos afligidos —dijo Darzee—. Ayer uno de

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

nuestros polluelos se cayó del nido y Nag se lo comió.

—¡Vaya! —contestó Rikki-Tikki—, eso es muy triste, pero soy nueva aquí, ¿quién es Nag?

Darzee y su esposa solo se acurrucaron en el nido sin responder, pues de entre la espesa hierba que crecía al pie del arbusto salió un sordo siseo, un sonido frío y horrible que hizo a Rikki-Tikki retroceder medio metro de un salto. Entonces, poco a poco, se elevó la cabeza encapuchada de Nag, una gruesa cobra negra de metro y medio de la punta de la lengua a la punta de la cola. Cuando hubo levantado del suelo un tercio de su cuerpo siguió balanceándose de un lado a otro, justo como una planta de diente de león en el viento, y miró a Rikki-Tikki con esos ojos de víbora malvada que nunca cambian de expresión, sin importar lo que esté pasando por su mente.

—¿Que quién es Nag? —preguntó—. Yo soy Nag. El gran Brahma[1] puso su marca en toda nuestra especie cuando la primera cobra extendió su capucha para cubrirlo del sol mientras dormía. ¡Mírame y tiembla!

Nag extendió su capucha más que nunca y Rikki-Tikki pudo ver la figura en forma de anteojos que tenía detrás. Por un momento, tuvo miedo, pero es imposible que una mangosta esté asustada mucho tiempo. Y aunque era la primera vez que Rikki-Tikki veía una cobra viva, su madre la había alimentado con algunas muertas; además, sabía que el único deber de una mangosta adulta es cazar víboras y comérselas. Nag también lo sabía y en el fondo de su frío corazón tenía miedo.

—Bueno —dijo Rikki-Tikki, y su cola comenzó a erizarse de nuevo —, con marcas o sin ellas, ¿crees que es correcto comerse polluelos que se caen del nido?

Nag estaba pensativo; observaba el mínimo movimiento que pudiera provocarse en la hierba detrás de

3 *Brahma.* Dios hindú de la creación.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Rikki-Tikki. Sabía que el hecho de que hubiera mangostas en el jardín tarde o temprano significaría la muerte para él y su familia, pero quería tomar a Rikki-Tikki desprevenida, así que bajó un poco la cabeza y la dejó caer a un lado.

—Hablemos —dijo—. Tú comes huevos. ¿Por qué yo no he de comer pájaros?

—¡Detrás de ti! ¡Mira detrás de ti! —cantó Darzee.

Rikki-Tikki había aprendido a no perder tiempo volteando a mirar, así que dio un brinco tan alto como pudo y justo debajo de ella zumbó la cabeza de Nagaina, la malvada esposa de Nag. Se había acercado sigilosamente detrás de la mangosta, con la intención de acabarla. Rikki escuchó el siseo salvaje al fallar el ataque, le cayó casi por la espalda y si hubiera sido una mangosta experimentada habría sabido que ese era el momento de romperle el lomo de un mordisco, pero temía el terrible latigazo que daría la cobra con la cola. Mordió, sí, pero no mordió durante el tiempo suficiente, así que saltó lejos de la relampagueante cola dejando a Nagaina lastimada y furiosa.

—¡Darzee! ¡Malvado! —dijo Nag, levantándose tan alto como pudo para alcanzar el nido en el espino, pero Darzee lo había construido fuera del alcance de las víboras, así que la pequeña casa no hizo más que balancearse.

Rikki-Tikki sintió que sus ojos se encendían (señal de una mangosta enfurecida), y se sentó sobre su cola y sus patas traseras como un pequeño canguro, mirando a su alrededor y castañeteando de rabia, pero Nag y Nagaina ya habían desaparecido entre la hierba. Cuando una víbora falla el ataque no dice nada ni da señal alguna de lo que intentará hacer después. A Rikki-Tikki no le interesaba seguirlos, pues no estaba segura de poder contra los dos a la vez, así que se dirigió a la senda de grava, cerca de la casa, y se sentó a pensar. Para Rikki-Tikki el asunto era de verdadera importancia.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



Si lees antiguos libros de historia natural, encontrarás que cuando una mangosta lucha contra una víbora y ésta la muerde, la mangosta corre a comer una hierba que la cura. Esto no es verdad. La victoria no es sino cuestión de agudeza visual y de reflejos —el ataque de la víbora contra el salto de la mangosta—, y como no hay ojo que pueda seguir el movimiento de una víbora al atacar, esto hace que las cosas ocurran de un modo mucho más maravilloso que si se tratara de una hierba mágica. Rikki-Tikki era una mangosta joven, así que pensar que había logrado eludir un ataque por la espalda la llenaba de satisfacción. El asunto le dio confianza en sí misma y, cuando Teddy llegó corriendo por el camino, Rikki-Tikki estaba lista para dejarse acariciar.

Pero justo en el momento en que Teddy se inclinaba algo se retorció un poco entre el polvo y una tenue voz dijo:

—¡Cuidado! ¡Soy la Muerte!

Era Karait, la diminuta víbora color de tierra que disfruta serpentear en el polvoriento suelo y cuya mordida es tan mortífera como la de la cobra. Pero es tan pequeña que nadie piensa en ella y por eso resulta mucho más dañina.

A Rikki-Tikki se le volvieron a poner los ojos rojos y como bailando, con ese balanceo tan particular que había heredado de su familia, llegó hasta Karait. Parece muy gracioso, pero es un movimiento tan perfectamente equilibrado que les permite a las magostas salir disparadas desde cualquier ángulo que deseen, y tratando con víboras esa es una ventaja. Rikki-Tikki no sabía que se metía en algo mucho más peligroso que pelear contra Nag, porque Karait era tan pequeña y podía girar tan rápido que si Rikki-Tikki no la mordía en la nuca, recibiría ella la mordida en los ojos o el hocico.

Pero Rikki-Tikki ignoraba todo esto. Sus ojos estaban encendidos y se balanceaba hacia delante y hacia atrás, buscando un buen lugar para atacar. Karait se le adelantó.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Rikki-Tikki saltó hacia un lado e intentó contraatacar, pero la grisácea y polvorienta cabecita gris latigueó muy cerca de su hombro; la mangosta tuvo que saltar por encima con la cabeza de la víbora pegada a sus patas.

Teddy gritó hacia la casa:

—¡Miren esto! Nuestra mangosta está matando a una víbora.

Rikki-Tikki escuchó gritar a la madre de Teddy y el padre salió con una vara, pero cuando llegó, Karait ya había soltado un ataque mal planeado, así que Rikki-Tikki se impulsó, saltó sobre la espalda de la víbora, hundió la cabeza lo más posible entre sus patas delanteras, mordió tan alto en la espalda como pudo y se alejó rodando. El mordisco paralizó completamente a Karait, y Rikki-Tikki estaba ya por devorarla, empezando por la cola, como era la costumbre familiar a la hora de la cena, cuando recordó que comer demasiado vuelve lentas a las mangostas, y que si quería conservar su fuerza y agilidad debía mantenerse delgada.

Rikki-Tikki se fue a tomar un baño de polvo bajo unas matas de ricino, mientras el padre de Teddy azotaba los restos de Karait.

—¿Eso de qué sirve? —pensó Rikki-Tikki— ¡Yo ya lo solucioné!

Entonces la madre de Teddy la levantó del polvo, acariciándola y diciendo que había salvado la vida del pequeño; el padre calificó aquel asunto como una providencia, y el mismo Teddy miraba la escena con ojos grandes y temerosos. A Rikki-Tikki lo divertía muchísimo todo el alboroto, del cual, por supuesto, no entendía una sola palabra. Para ella, la madre del niño podría haberla acariciado por estar jugando en la tierra, lo estaba pasando de maravilla.

Esa noche en la cena, mientras se paseaba de un lado a otro entre las copas de vino sobre la mesa, Rikki-Tikki pudo

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

haberse colmado tres veces con platillos deliciosos, pero recordaba a Nag y Nagaina, y aunque era muy agradable que la madre de Teddy la acariciara y la mimara, o sentarse en el hombro del niño, los ojos se le encendían de vez en cuando y lanzaba su largo grito de guerra: ¡rikk-tikk-tikki-tikki-tchk!

Teddy se la llevó a la cama e insistió en que durmiera bajo su barbilla. Rikki-Tikki estaba demasiado bien educada como para morder o arañar, pero en cuanto el pequeño se durmió salió a dar su paseo nocturno por la casa. En la oscuridad tropezó con Chuchundra, la rata almizclera que se escabullía pegada a la pared. Chuchundra es un animalito que vive abatido. Se queja y lloriquea toda la noche intentando decidirse si correr o no hacia el centro de la habitación, pero nunca logra llegar hasta allí.

—No me mates —dijo Chuchundra casi llorando—. Rikki-Tikki, ¡no me mates!

—¿Crees tú que un exterminador de víboras mata ratas almizcleras? —preguntó Rikki-Tikki desdeñosamente.

—Los que matan víboras son muertos también por ellas —dijo Chuchundra, más triste que nunca—. ¿Cómo me aseguro yo de que Nag no me confundirá contigo alguna noche oscura?

—No existe el menor peligro —respondió Rikki-Tikki—. Además, Nag está en el jardín y yo sé que tú no te asomas allí.

—Mi prima Chua, la rata, ella me contó... —dijo Chuchundra, y de pronto guardó silencio.

—¿Qué te contó?

—¡Shhh! Nag está en todas partes, Rikki-Tikki. Debiste haber hablado con Chua allá en el jardín.

—Pues no lo hice, así que cuéntame. ¡Rápido o te muerdo,Chuchundra!

Chuchundra se sentó y lloró hasta que las lágrimas rodaron por sus bigotes.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

—Soy una rata mediocre —sollozó—. Jamás tuve el valor suficiente para salir corriendo por el centro de una habitación. ¡Shhh! No debo decirte nada. ¿Escuchas eso, Rikki-Tikki?

Rikki-Tikki se puso a escuchar. La casa estaba en total silencio, pero le pareció escuchar el roce más tenue del mundo —un ruido tan sutil como el que hace una avispa al caminar sobre el cristal de una ventana—, el seco rasguño que producen las escamas de una víbora sobre los ladrillos. "Es Nag o Nagaina" se dijo a sí misma" y se está arrastrando hacia la compuerta del baño".

—Tienes razón, Chuchundra; debí haber hablado con Chua, la rata.

Rikki-Tikki se escabulló hasta el baño de Teddy, y al no encontrar nada se dirigió al de la madre del niño. En la base de la lisa pared de estuco había un ladrillo suelto que conectaba el agua del baño; Rikki-Tikki se acercó y escuchó a Nag y Nagaina susurrar en la parte de afuera, a la luz de la luna.

—Cuando la casa quede vacía —dijo Nagaina a su esposo— tendrá que irse y el jardín volverá a ser nuestro. Entra en silencio y recuerda que el primero al que debes morder es al hombre robusto que mató a Karait. Luego sales a informarme y juntos buscamos a Rikki-Tikki.

—¿Pero estás segura de que ganamos algo matando a la gente? —preguntó Nag.

—Ganamos todo. Cuando no había gente en el bungaló, ¿teníamos alguna mangosta en el jardín? Mientras el bungaló esté deshabitado, nosotros somos el rey y la reina; y recuerda que apenas se abran los huevos que dejamos en el melonar y nazcan nuestros pequeños (cosa que podría suceder mañana), necesitaremos más espacio y tranquilidad.

—No había pensado en eso —dijo Nag—. Iré, pero

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

después no hay necesidad de buscar a Rikki-Tikki. Mataré al hombre grande, a su esposa y al niño si puedo, y saldré en silencio. Entonces, como el bungaló quedará vacío, Rikki-Tikki se irá.

Al oír esto, Rikki-Tikki se estremeció llena de rabia y odio; y justo en ese instante la cabeza de Nag atravesó la compuerta, seguida de su frío cuerpo de metro y medio. Aunque estaba furiosa, Rikki-Tikki se asustó al ver el gran tamaño de la cobra. Nag se enroscó, levantó la cabeza y miró el baño en la oscuridad y Rikki-Tikki pudo ver sus ojos brillar.

—Entonces, si lo mato aquí Nagaina lo sabrá, pero si lo enfrento en campo abierto las probabilidades estarán a su favor. ¿Qué hago? —dijo Rikki-Tikki.

Nag se balanceó de un lado a otro, y luego Rikki-Tikki lo escuchó beber de la jarra de agua más grande, que se usaba para llenar la tina.

—Muy bien —dijo la víbora—. Cuando mataron a Karait, el hombre grande tenía una vara. Aún podría tenerla, pero cuando venga a bañarse por la mañana no la tendrá. Esperaré aquí hasta que entre. Nagaina, ¿me escuchas? Esperaré aquí en el fresco hasta que sea de día.

No hubo respuesta de fuera, así que Rikki-Tikki entendió que Nagaina se había marchado. Nag enroscó cada uno de sus anillos siguiendo el fondo redondo de la jarra, y Rikki-Tikki permaneció quieta como un muerto. Después de una hora comenzó a moverse, músculo por músculo, hacia la jarra. Nag dormía, y mientras Rikki-Tikki miraba su gran espalda, se preguntaba cuál sería el mejor lugar para pegarle una buena mordida.

“Si no le rompo el espinazo al primer salto ”pensó Rikki” todavía podría pelear, y si pelea... ¡ay de ti, Rikki-Tikki!”.

Miró el grueso cuello debajo de la capucha, pero era

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



demasiado para ella, y un mordisco cerca de la cola solo enfurecería aún más a Nag.

"Debe ser en la cabeza", dijo al fin, "en la cabeza y por encima de la capucha; y una vez que lo tenga, no debo aflojar la mordida".

Entonces, se lanzó sobre la cobra. La mandíbula de la víbora sobresalía un poco de la jarra de agua, bajo su curva, y apenas le clavó los dientes, Rikki apoyó el cuerpo en la jarra de loza roja para sujetar mejor la cabeza. Esto le dio apenas un segundo de ventaja, y ella lo aprovechó al máximo. Nag respondió sacudiéndola de un lado a otro cual perro a una rata: de aquí allá y de arriba abajo sobre el piso, dando vueltas y haciendo grandes círculos; pero los ojos de Rikki estaban al rojo vivo y no lo soltó, aunque el cuerpo de la cobra la azotaba sobre el piso, volcando la bandeja de hojalata, la jabonera y un cepillo de baño, y la golpeaba contra las paredes metálicas de la bañera.

Mientras se aferraba, Rikki-Tikki apretaba las mandíbulas con más fuerza, pues estaba segura de que algún golpe de Nag la mataría, y por el honor de su familia prefería que la encontraran con las mandíbulas trabadas. Mareada, dolorida y con la sensación del cuerpo hecho pedazos, sintió de pronto que justo detrás de ella algo se disparaba como un trueno. Un aire caliente la dejó sin sentido y un rojo fuego le chamuscó el pelaje. El hombre grande se había despertado con el ruido y le había disparado a Nag ambos tiros de una escopeta justo detrás de la capucha.

Rikki-Tikki permaneció aferrándose a su presa, pero con los ojos cerrados, pues no estaba segura de que había muerto. Pero la cabeza de la cobra no se movía. En ese momento, el hombre grande la levantó y dijo:

—Alice, una vez más fue la mangosta. Esta vez la pequeña nos salvó la vida a todos.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Entonces entró la madre de Teddy muy pálida y vio los restos de Nag, mientras Rikki-Tikki se arrastraba hasta el dormitorio del pequeño e intentaba pasar la noche, a medias durmiendo y a medias sacudiéndose suavemente para saber si en verdad había quedado tan destrozada como se sentía.

A la mañana siguiente, estaba toda adolorida, pero satisfecha con el fruto de sus esfuerzos.

—Ahora tengo que ajustar cuentas con Nagaina, y ella será peor que cinco Nags juntos; y más peligroso va a ser cuando se abran los huevos que mencionó. ¡Qué mal! No tengo más opción que ir a ver a Darzee —dijo.

Sin esperar al desayuno, Rikki-Tikki corrió hacia el espino donde Darzee cantaba una melodía de triunfo a todo pulmón. La noticia de la muerte de Nag se había extendido a todo el jardín, porque el hombre que barría había arrojado el cuerpo al basurero.

—¡Oh, estúpido mechón de plumas! —dijo molesta Rikki-Tikki—. ¿Es este el momento de cantar?

—¡Nag está muerto, muerto, muerto, muerto! —cantó Darzee—. La valiente Rikki-Tikki lo tomó por la cabeza sin soltarlo. ¡El hombre grande trajo la vara explosiva y Nag cayó hecho pedazos! ¡Nunca más se volverá a comer a mis bebés!

—Sí, todo eso es cierto, pero ¿dónde está Nagaina? —dijo Rikki-Tikki, mirando cuidadosamente a su alrededor.

—Nagaina llegó a la compuerta del baño y llamó a Nag —continuó Darzee—, y Nag salió colgando de la punta de un palo porque así lo recogieron para lanzarlo al basurero. ¡Cantemos a la gran Rikki-Tikki, la de los ojos rojos! —y Darzee infló el pecho y cantó.

—¡Si pudiera subir a tu nido te sacaría con todo y pollluelos! —dijo Rikki-Tikki—. No sabes actuar con mesura ni discreción. Estás allí muy seguro en tu nido, pero aquí abajo es el fin para mí. Deja de cantar por un momento, Darzee.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

—Me detendré para complacer a la gran, la hermosa Rikki-Tikki —dijo Darzee—. ¿Qué sucede, ejecutora del terrible Nag?

—Por tercera vez, ¿dónde está Nagaina?

—En el montón de basura junto a los establos, de luto por Nag. Grande eres, Rikki-Tikki, la de los blancos dientes.

—¡Al diablo mis blancos dientes! ¿Alguna vez escuchaste dónde guarda sus huevos?

—En el melonar, en el extremo más cercano a la pared, donde el sol da casi todo el día. Los escondió allí hace semanas.

—¿Y jamás pensaste que valía la pena decírmelo? ¿En el extremo más cercano a la pared, dices?

—Rikki-Tikki, ¿no pensarás en ir allí a comerte sus huevos, cierto?

—No exactamente a comerlos, no. Darzee, si te queda un gramo de sentido común, volarás a los establos, fingirás que te rompiste el ala y dejarás que Nagaina te persiga hasta el arbusto. Debo llegar al melonar, pero si voy ahora ella podría verme.

Darzee era un pequeño pájaro con cerebro de pluma que nunca pudo retener en su cabeza más de una idea a la vez. Y como sabía que los hijos de Nagaina nacían de huevos como los suyos, nunca pensó que fuera justo matarlos. Pero su esposa era un ave sensata; ella entendía que más adelante los huevos de cobra significarían cobras jóvenes, así que salió volando del nido y dejó que Darzee mantuviera calientes a sus polluelos y continuara su canción sobre la muerte de Nag.

La esposa de Darzee aleteó frente a Nagaina junto al basurero y exclamó:

—¡Ay, mi ala está rota! El niño de la casa me lanzó una piedra y la rompió —después, revoloteó más desesperada

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

que nunca.

Nagaina levantó la cabeza y siseó:

—Fuiste tú quien advirtió a Rikki-Tikki cuando planeaba matarla. Definitivamente has elegido un mal lugar para venir a quejarte —y se dirigió hacia la esposa de Darzee, deslizándose sobre el polvo.

—¡El muchacho me la rompió con una piedra! —sollozó la esposa de Darzee.

—¡Bien! Tal vez te sirva de consuelo saber que cuando estés muerta arreglaré cuentas con el niño. Esta mañana mi esposo yace en el basurero, pero antes del anochecer será el niño de la casa quien se quedará muy quieto. ¿De qué te sirve huir? Estoy segura de poder atraparte. ¡Pequeña tonta, mírame!

La esposa de Darzee era sensata y sabía que no debía hacerlo, pues un ave que fija los ojos en los de una víbora se asusta tanto que queda inmóvil. La esposa de Darzee siguió aleteando y sollozando sin levantar el vuelo, así que Nagaina aceleró el paso.

Rikki-Tikki los escuchó ir por el sendero desde los establos y corrió hacia el extremo del melonar más cercano a la pared. Allí, sobre la cálida hojarasca, entre melones, escondidos con gran astucia, encontró veinticinco huevos similares en tamaño a los de una gallina enana, pero cubiertos de una piel blanquecina en lugar de cascarón.

—Llegué justo a tiempo —dijo, ya que podía ver a las pequeñas cobras enroscadas dentro de la piel, y porque sabía que ya en el momento de romper el huevo cada una era capaz de matar a un hombre o a una mangosta. Mordió cada huevo por un extremo tan pronto como pudo, cuidando de aplastar bien a las diminutas cobras, y de vez en cuando removía la hojarasca para ver si había olvidado alguna. Cuando ya sólo quedaban tres huevos, Rikki-Tikki

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

comenzó a disfrutar de su hazaña. Pero, de pronto, escuchó gritar a la esposa de Darzee:

—Rikki-Tikki, conduje a Nagaina hacia la casa y ya está en la terraza, y... ¡ay, ven pronto, que matará a alguien!

Rikki-Tikki reventó dos de los huevos y saltó del lecho del melonar con el tercero en la boca, y tan pronto como pudo poner las patas en el suelo se escabulló hacia la terraza. Teddy y sus padres estaban allí tomando el desayuno, pero Rikki-Tikki notó que no comían nada. Se habían quedado completamente inmóviles y sus rostros estaban blancos de miedo. Nagaina, enrollada sobre la alfombra de esterilla junto a la silla de Teddy, a poca distancia de la pierna desnuda del niño, se balanceaba de un lado a otro cantando con aires de triunfo.

—Hijo del hombre que mató a Nag —siseó ella—, quédate muy quieto. Aún no estoy lista. Espera un poco. ¡Quietos los tres! Al menor movimiento les salto encima, y si no se mueven, también. ¡Vaya tontos que mataron a mi Nag!

Los ojos de Teddy estaban fijos en su padre, y todo lo que éste hacía era susurrar:

—Quédate quieto, Teddy. No te muevas. Por favor, Teddy, ni un movimiento.

Entonces apareció Rikki-Tikki gritando:

—¡Date la vuelta, Nagaina! ¡Voltea y lucha!

—Todo a su debido tiempo —dijo ella sin desviar la mirada—. Ya saldaremos cuentas tú y yo. Mira a tus amigos, Rikki-Tikki, están petrificados y pálidos. Tienen miedo. No se atreven a moverse, y si te acercas un paso más, salto y los muerdo.

—Echa un vistazo a tus huevos —dijo Rikki-Tikki— allá en el melonar junto a la pared. ¡Ve y mira, Nagaina!

La gran cobra se dio media vuelta y vio el huevo sobre la terraza.

—¡Ah, dámelo! —exclamó.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



Rikki-Tikki puso sus patas una en cada extremo del huevo, y con ojos encendidos como la sangre respondió:

—¿Cuánto vale un huevo de cobra? ¿Y una joven cobra? ¿Y un rey cobra pequeñito? ¿Y la última de todas tus crías? Justo ahora las hormigas se están comiendo al resto allá en el melonar.

Nagaina se dio la vuelta, olvidándose de todo por aquel huevo. Rikki-Tikki vio al padre de Teddy estirar el brazo, agarrar al niño por el hombro y levantarlo sobre la pequeña mesa con las tazas de té, poniéndolo a salvo, fuera del alcance de Nagaina.

—¡Caíste! ¡Caíste! ¡Caíste! ¡Rikk-tchk-tchk! —dijo riendo Rikki-Tikki—. El niño está a salvo y fui yo... ¡yo!, quien anoche atrapó a Nag por la capucha en el baño.

Enseguida comenzó a saltar de arriba para abajo con las cuatro patas juntas y la cabeza muy cerca del piso.

—Me sacudió de un lado a otro, pero no pudo liberarse. Ya estaba muerto antes de que llegara el hombre y lo partiera en dos. ¡Fui yo! ¡Rikk-tchk-tchk! Ven pues, Nagaina. Ven y pelea conmigo. No serás viuda mucho tiempo.

Nagaina vio que había perdido su oportunidad de matar a Teddy y el huevo seguía entre las patas de Rikki-Tikki.

—Dame ese huevo, Rikki-Tikki. Dame el último de mis huevos y me iré y nunca volveré —dijo ella, bajando su capucha.

—Sí, te irás y nunca volverás. Pero será al basurero con Nag. ¡Pelea! ¡El hombre fue ya por su arma! ¡Defiéndete!

Rikki-Tikki brincaba alrededor de Nagaina, manteniéndose fuera del alcance de su ataque, sus ojitos rojos como brasas. Nagaina se enroscó sobre sí misma y tomando impulso se le arrojó. Rikki-Tikki saltó echándose hacia atrás.

Una y otra vez atacó la cobra, y con cada intento su cabeza golpeaba en la estera del balcón, pero se volvía a enroscar

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

sobre su propio cuerpo cual resorte de un reloj. Mientras tanto Rikki-Tikki brincaba en círculos para llegar detrás de ella y Nagaina se giraba a su vez para mantenerse frente a frente, de modo que el paso de su cola sobre la alfombra de esterilla sonaba como hojas secas arrastradas por el viento.

Rikki-Tikki había olvidado el huevo, que había dejado en el piso de la galería. Nagaina se le fue acercando poco a poco. Mientras la mangosta recobraba el aliento, se echó el huevo a la boca, volteó hacia los escalones del balcón y voló como una flecha por el camino, con Rikki-Tikki siguiéndole el paso. Cuando una cobra corre por su vida, se mueve como la punta de un látigo azotado sobre el caballo.

Rikki-Tikki sabía que debía atrapar a la cobra o todos los problemas volverían a empezar. Nagaina salió directo hacia la larga hierba junto al espino, y al ir pasando Rikki-Tikki escuchó que Darzee aún seguía cantando su ridícula cancioncita triunfal. Pero la esposa del pajarito era más sabia: voló del nido justo en el momento que Nagaina se aproximó y le batió las alas sobre la cabeza. Si Darzee también hubiera ayudado la habrían podido desviar, pero Nagaina solo bajó su capucha y siguió su camino. Aun así, ese instante de retraso hizo que Rikki-Tikki la alcanzara. Entonces, cuando se estaba metiendo en la ratonera donde solía vivir con Nag, la mangosta logró clavarle los dientes blancos en la cola, de modo que ambas se sumergieron en la madriguera. Vale la pena aclarar que muy pocas mangostas, por muy sabias y experimentadas que sean, se atreven a seguir a una cobra a su guarida.

En el agujero todo estaba oscuro y Rikki-Tikki desconocía si el pasadizo se ensancharía de pronto y le daría a Nagaina el espacio suficiente para girarse y atacar, así que se aferró salvajemente y extendió sus patas a manera de frenos en aquella oscura pendiente de tierra húmeda.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Después de unos momentos, la hierba alrededor de la boca del agujero dejó de agitarse y Darzee dijo:

—¡Es el fin de Rikki-Tikki! Entonemos himnos a su muerte. ¡La valerosa Rikki-Tikki tiene los momentos contados, pues seguramente Nagaina la matará ahí abajo!

Cantó entonces una canción muy lúgubre que improvisó en el triste momento, y justo cuando llegaba a la parte más conmovedora, la hierba se volvió a sacudir y Rikki-Tikki, cubierta de tierra, se arrastró poco a poco fuera del agujero relamiéndose los bigotes. En seguida, Darzee soltó un grito y de golpe se calló. Rikki-Tikki se sacudió un poco el polvo y estornudó.

—Todo ha terminado —dijo—. La viuda no saldrá jamás.

Las hormigas rojas que viven entre los tallos de la hierba la oyeron y bajaron en fila marchando para comprobar si decía la verdad.

Rikki-Tikki se acomodó en el pasto y durmió ahí mismo; durmió y durmió hasta bien entrada la tarde, pues había tenido un duro día de trabajo.

—Ahora —dijo al despertar—, volveré a la casa. Avisa al calderero, Darzee, y él se encargará de contarles a todos en el jardín que Nagaina ha muerto.

El calderero es un ave que hace un ruido muy semejante al de un pequeño martillo golpeteando sobre una olla de cobre, y la razón es que el calderero es el pregonero de todo jardín indio; es el encargado de contar las noticias a todo el que quiera escuchar. Cuando Rikki-Tikki subía por el sendero escuchó sus notas de “atención” como una pequeña campana para llamar a cenar, y luego un constante “¡Ding-dong-toc! ¡Nag ha muerto! ¡Dong! ¡Nagaina ha muerto! ¡Ding-dong-toc!”. Al oírlo todas las aves del jardín cantaron y las ranas croaron, pues además de pajaritos, Nag y Nagaina también solían comer ranas.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



Cuando Rikki-Tikki llegó a la casa, Teddy, su madre (quien aún seguía pálida, pues se había desmayado) y su padre salieron a recibirlo y casi se pusieron a llorar. Esa noche Rikki-Tikki comió todo lo que le dieron hasta que no pudo más y se acostó a dormir en el hombro de Teddy. Ahí mismo lo encontró la madre del niño ya entrada la noche, cuando fue a verlo dormir.

—Salvó nuestras vidas y la de Teddy —le dijo a su esposo—. Imagínate, nos salvó la vida a todos.

Rikki-Tikki se despertó de un salto, porque las mangostas son de sueño ligero.

—Ah, son ustedes. ¿Por qué me despiertan? Todas las cobras están muertas, y si quedara alguna, de eso me encargo yo.

Rikki-Tikki tenía derecho a estar orgullosa de sí misma. Pero no exageró con la arrogancia y mantuvo el jardín como debe hacerlo una mangosta, con los dientes, a saltos y a mordidas, de modo que jamás una cobra se atrevió a asomar la cabeza dentro de sus paredes.

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

EL CANTO DE DARZEE EN HONOR A RIKKI-TIKKI-TAVI

Soy cantante y tejedor:
tengo esa doble alegría.
Es un orgullo volar
y tejerme la casita.
A un lado y al otro entono mi canto;
arriba y abajo hilo mi nido.
Canta con fuerza a tus hijos,
¡alza la vista, madre!
La plaga llegó a su fin.

¿Quién nos salvó, quién fue?
¿Dónde vive, cuál es su nombre?
Fue Rikki-Tikki, la valerosa, la única,
la de los ojos vivos.
Rikk-tikki, colmillos de marfil,
¡cazadora con ojos de fuego!
Las aves te dan las gracias:
sus plumas y frentes se inclinan,
¡sus cantos y elogios a ti te dedican!
¡No! Seré yo quien la alabe: ¡escuchen!
¡Rikki-Tikki, la de cola esponjada!
¡Rikki, la de ojos de llamas!

(Aquí Rikki-Tikki lo interrumpió y el
resto de la canción se perdió.)

Ministerio de Educación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.


Buenos
Aires
Ciudad